

AHORA



Una de las mujeres que compraban ámbar se parecía tanto a la señora Cosway que me quedé perpleja al verla allí. Quizá fuera más baja, aunque bien es cierto que la gente se encoge con los años. Aparte de eso, el parecido, desde el cabello rizado y blanco hasta las piernas larguiruchas y los delicados tobillos, resultaba realmente misterioso. Tenía en la mano un collar de pálidas cuentas amarillas que miraba con una sonrisa preñada de esa excitación que se aprecia sólo en los rostros de las mujeres a las que les encantan las compras y las cosas bonitas.

Charles tiene la teoría de que si estamos en X, un lugar remoto en el que no hemos estado antes, y nos encontramos allí o nos cruzamos por la calle con un ser querido —un marido, un amante o incluso con nuestro propio hijo— no le reconoceremos. Y no es sólo que no esperamos verle, sino que tenemos la certeza de que no puede estar allí porque tenemos la noción de que en ese momento está a cientos de kilómetros de distancia. Ni que decir tiene que efectivamente puede estar allí, que está allí, que nos ha engañado o que nuestros conocimientos de su ubicación son sin duda muy inciertos, pero es muy probable que pasemos de largo mientras nos decimos que se trata de un extraordinario parecido.

La señora Cosway no encajaba en ninguna de las categorías que acabo de enumerar. Yo ni siquiera sentía hacia ella la menor simpatía, aunque sí sabía a ciencia cierta dónde se encontraba en ese momento. Estaba muerta. La mujer que tenía delante se parecía a ella, pero era otra persona. Me volví de espaldas y empecé a alejarme. Ella me llamó.

—¡Kerstin!

De haber pronunciado mi nombre como tendría que haberlo hecho, esto es, más o menos así: «Shashtin», quizá me habría vuelto y me habría acercado a ella, aunque no me habría provocado la menor sorpresa, no habría sentido ese escalofrío. Pero me había llamado «Curstin», exactamente como lo habían hecho en su día todos los Cosway, excepto John. Crucé la plaza adoquinada en dirección a ella.

—No me reconoces, ¿verdad? Claro, es que he cambiado muchísimo, ya lo sé. A mi edad, es inevitable.

La voz terminó de confirmarlo.

—Ella —dije.

Asintió, encantada.

—Te he reconocido. A pesar de que también tú has cambiado, te he reconocido. Ésta es mi hija Zoë y mi nieta Daisy. Siempre mujeres en nuestra familia, ¿eh?

Zoë era una mujer alta y morena de poco más de treinta años, guapa, de ojos marrones y con una niña de unos seis años cogida de la mano. Nos saludamos.

—¿Te recuerda a alguien?

—A Winifred —respondí.

Zoë recibió el comentario con una mueca.

—Vamos, mamá.

Cuántas veces había oído esas mismas palabras de Ida cuando la señora Cosway decía algo terrible.

—¿Qué les trae a Riga?

—Zoë quería ver el *art nouveau* de Alberta Street. Ha hecho un curso de historia del arte, así que se nos ocurrió hacer un *tour* por los países bálticos. —Si Ella supuso que yo estaba haciendo lo mismo, aunque por distintos motivos, estaba en lo cierto, aunque dudo de si fue ésa la razón por la que no preguntó. Los Cosway jamás mostraban demasiado interés por las actividades de los demás—. ¿Te parece que debo comprar este ámbar? Sí, ya sé que debe de parecerte un precio exagerado.

—Todo lo contrario —dije—. No lo encontrará más barato en ninguna parte.

Quizá mi comentario no le sentó bien, pues apuntó con un tono claramente severo:

—Mamá nunca te perdonó por lo del diario.

Aquél no era ni el momento ni el lugar adecuado para una discusión.

—Ya ha pasado mucho tiempo. Lo que ocurrió... es... ¿Qué ha sido de John?

—Vive todavía, si eso es lo que quieres saber. Zorah se lo llevó con ella a la Toscana, pero ahora vive solo... Bueno, con una pareja que le cuida. Seguro que pensarás que alguien tan loco como él es incapaz de arreglárselas solo, pero él lo consigue.

Sonré al volver a ser testimonio de su costumbre de atribuirme improbables opiniones, cosa que en su momento me había molestado sobremanera.

—Cómprame ese ámbar, Zoë, ¿quieres? Nuestro autobús debe de estar a punto de llegar. Ah, sí, John. Tiene una casa preciosa cerca de Florencia. O al menos eso me han dicho. Aunque no creas que nos invita alguna vez, ¿verdad, Zoë? Claro que es un hombre rico. El terreno donde estaba construido el Hall se vendió y construyeron allí cuatro casas. ¡Menudo negocio! No sé lo que hace con tanto dinero. Dicen que nunca sale y ya tiene setenta y cinco años.

El autobús del *tour* giró despacio la esquina hasta detenerse en la plaza. Estaba prácticamente lleno. A punto estuve de preguntar con quién se había casado. ¿Quién era el padre de Zoë? Ya estaban a punto de subir al vehículo.

—¿Volverán aquí esta noche? —pregunté.

—Tenemos previsto estar de regreso a las cinco, ¿verdad, Zoë?

—Podríamos quedar y tomar una copa —dije, dándole el nombre de mi hotel—. ¿Le va bien a las seis y media?

Ella me respondió algo que no entendí. Las saludé con la

mano cuando el autobús arrancó. En cuanto se perdieron de vista, di media vuelta. Lo que acababa de oír sobre John Cosway me había hecho tan feliz que regresé al hotel con paso alegre para encontrarme allí con Charles, Mark y Anna.

ENTONCES



# 1

Soy caricaturista.

Somos contadas las mujeres caricaturistas. Todavía se considera una profesión típicamente masculina y menos son todavía las de nacionalidad no inglesa y que nunca estudiaron en la facultad de bellas artes. De los casi treinta años que llevo contribuyendo con un par de caricaturas en cada número de una publicación semanal, he dibujado a Harold Wilson y a Willi Brandt, a Mao Zedong y a Margaret Thatcher (cientos de veces), a John Major, Neil Kinnock, David Beckham y a Tony Blair (casi sesenta veces). Según dice la gente, logro un gran parecido con los personajes originales con unos cuantos trazos y garabatos. Saben de quién se trata antes de leer el pie de ilustración o el bocadillo que sale de la boca de un personaje. En cualquier caso, no fui una niña prodigio en esto del arte. No recuerdo haber aprendido nada de arte en la escuela y durante años lo único que dibujé fue un perro desplegable para mis sobrinos.

Os contaré lo del perro desplegable porque quizás os apetezca hacer uno para vuestros hijos. Cogéis una hoja de papel. Una de tamaño A4, cortada verticalmente por la mitad, será ideal. La volvéis a doblar por la mitad y volvéis a doblar el trozo ya doblado sobre sí mismo hasta hacer con él un pliegue de unos dos centímetros y medio de ancho. Volvéis a alisarlo y dibujáis un perro sobre los pliegues. Lo mejor es optar por un dachshund o por un basset hound, porque necesitamos que tenga un cuerpo bastante largo entre las patas delanteras y las traseras. A continuación, volved a doblar el papel sobre su propio pliegue. Ahora el perro tiene

un cuerpo corto, pero cuando el niño abre el pliegue, el perro se convierte en un dachshund. Por supuesto, cuando tengáis ya un poco de práctica podréis hacer una jirafa a la que le crece el cuello o un pavo que se convierte en avestruz. A los niños les encanta, y eso fue lo único que dibujé durante la adolescencia y durante mis años de universidad.

Había decidido ser enfermera y después me dedicaría a enseñar inglés. Jamás me planteé el dibujo como una profesión porque no es posible ganarse la vida haciendo perros desplegados. Fue a finales de la década de 1960 cuando viajé a Inglaterra, recién licenciada por la Universidad de Lund y con mi titulación en inglés y un título bastante humilde de enfermería. A pesar de que tenía un empleo esperándome y un lugar donde vivir, el verdadero motivo de mi viaje era retomar mi historia de amor con Mark Douglas.

Aunque nos habíamos conocido en Lund, cuando él se licenció tuvo que volver a su país y en todas sus cartas me apremiaba a seguir sus pasos y buscar un trabajo y una habitación en Londres. Según me decía en sus misivas, en Londres todo el mundo vivía en un estudio. Opté, sin embargo, por una segunda opción y conseguí un empleo en Essex, junto a la arteria principal que une Liverpool Street y Norwich. La familia que me empleó se apellidaba Cosway y el nombre de la casa en la que vivía era Lydstep Old Hall. Jamás había visto nada semejante.

Aunque era enorme, apenas parecía una casa. Era más un inmenso arbusto o un topiario descomunal. La primera vez que la vi, en el mes de junio, estaba totalmente cubierta —de un extremo al otro y desde los mismísimos cimientos a lo alto del tejado— de una densa capa de hiedra de un verde intenso. Por lo que pude ver, se trataba de un edificio rectangular y de tejado casi plano. En cualquier caso, si había rasgos arquitectónicos como balcones, barandillas, columnas empotradas y mampostería, nada asomaba entre la tupida y reluciente capa verde que la envolvía. Tan sólo las ventanas se dejaban ver entre el denso manto de hojas que

cubría el edificio. Ese día soplaba un fuerte viento que agitaba los miles de hojas, provocando con ello la ilusión de que la casa se movía y se encogía para expandirse y volver a encogerse de nuevo.

—Es como vivir dentro de un árbol —dijo el taxista cuando le pagaba—. Hay quien piensa que todas esas hojas dañan los muros, aunque yo no lo creo. ¿Son amigos suyos?

—Todavía no —fue mi respuesta.

Lydstep Old Hall fue mi primer dibujo. Aparte de los perros despleables, claro. Dibujé la casa desde su interior esa misma noche de memoria, y es así como lo he dibujado todo desde entonces.

Isabel Croft, la cuñada de Mark, fue quien me consiguió el trabajo. Había estudiado en el mismo colegio que la hija menor de los Cosway.

—Zorah no vivirá en casa mucho tiempo más —dijo cuando le pedí que me hablara de la familia—. En realidad, no sé quién tiene planeado quedarse. Ida desde luego. Ella es la que se encarga de la casa. A sus otras dos hermanas no llegué a conocerlas nunca del todo. Quizá se hayan casado ya o se hayan ido a vivir a otro sitio. De hecho, la casa es propiedad de John.

—¿Es él de quien debo hacerme cargo? Es esquizofrénico, ¿verdad?

—No lo sé —respondió—. «Hacerte cargo» se me antoja una expresión un poco extraña.

—Es de la señora Cosway —opuse—. No mía.

—Nunca he sabido qué es realmente lo que le pasa a John —dijo Isabel—. De hecho, me extraña mucho que... Aunque, claro, supongo que la señora Cosway debe saber de lo que habla. Una fundación se encarga de la administración de la propiedad. Es un asunto peculiar. Tiene algo que ver con el modo en que el señor Cosway dispuso las cosas en su testamento. Entiendo que

no te interesa conocer los detalles. Creo que su matrimonio no había salido bien y que la señora Cosway y él prácticamente no se hablaban durante sus últimos años de vida. Aunque la señora Cosway siempre fue amable conmigo, es una mujer muy difícil. En fin, tú misma lo verás. Es una casa muy grande, pero mantienen cerradas algunas de las habitaciones.

Le pregunté qué era lo que iba a decirme cuando se había confesado extrañada minutos antes. No había terminado la frase.

—Iba a decir que no imaginaba que John necesitara que cuidaran de él. Tú has sido enfermera y, que yo sepa, él nunca necesitó los cuidados de una enfermera en la época en que le conocí. Es cierto que a veces se comportaba de un modo extraño, pero nunca hizo daño alguno. Aunque, bueno..., qué sé yo.

Hubo muchas cosas que no me dijo. La mayor parte de ellas simplemente las desconocía por completo. A los Cosway se les daba bien ocultar cosas... de los demás y entre ellos.

En las novelas del siglo XIX que yo había leído cuando estudiaba literatura inglesa, las jóvenes empleadas por las familias que viven en el campo son siempre recibidas en la estación más próxima por algún viejo empleado con un carro tirado por un poni. No fue mi caso. Los Cosway no disponían de ningún viejo empleado ni tampoco tenían un poni, y el único coche del que disponían era el que Ella Cosway utilizaba para ir al trabajo. Tomé un taxi. Siempre había taxis delante de la estación de Colchester y, por lo que sé, sigue siendo así.

La ruta que siguió ha vivido una eclosión inmobiliaria desde entonces y la vieja carretera se ha convertido en una autopista de tres carriles. Recorrimos serpenteantes caminos, algunos de ellos estrechos, durante parte del trazado que corría paralelo al valle del río Colne, pasando por delante de imponentes mansiones. Yo había leído algo sobre la arquitectura de Essex y sabía que no era una zona rica en piedra destinada a la construcción. Los materia-

les normalmente empleados eran la madera, el ladrillo, la pizarra y el sílex, además de otro material llamado pudinga —guijarros redondeados y rectangulares de sílex—, muy utilizados en la construcción de iglesias y de ciertos muros. Pero el material más importante era la madera, y miré por la ventanilla del taxi, feliz al ver confirmada la información que había leído sobre las mansiones y las granjas construidas con diminutos ladrillos Tudor, con estructura de madera y tejas en paralelo. Naturalmente, eso no hizo sino acrecentar mi expectación sobre cómo sería la casa a la que me dirigía, pues Isabel en ningún momento me la había descrito. Quizá tuviera un foso, como lo tenían algunas, o quizá tuviera parte del techo de paja, las ventanas de doble hoja y la estructura de madera a la vista. Y además estaba también el laberinto.

—¿Un laberinto en el jardín? —le pregunté—. ¿De seto?

Ella se limitó a reírse y respondió:

—Ya lo verás.

Mi excitada curiosidad me llevó a preguntar al taxista si faltaba mucho. Cuando respondió que unos tres kilómetros, tuve que contenerme para no pedirle que acelerara. Dejamos atrás el pueblo, aunque desde cualquier punto a menos de ocho kilómetros a la redonda de Windrose era prácticamente imposible no ver la iglesia de Todos los Santos, con su alta torre de color rojo como una rosa, convertida en un hito que atrapaba todas las miradas. La Gran Torre Roja de Windrose, así la llamaban, y había quien decía que el nombre del pueblo se debía a su color. Lydstep Old Hall estaba a poco menos de un kilómetro más adelante, en la cima de una extensa colina. Nos acercamos a la casa por un camino de carro al que el taxista definió como «camino de acceso» y que había sido cubierto de grava allí donde se ampliaba para desembocar en la casa. No había ni rastro de ningún laberinto en esa parte del jardín, sólo hierba, viejos robles y acebo.

La puerta principal, de roble desgastado, estaba naturalmente abierta, dibujando un agujero rectangular en las profundidades de la verde cubierta de hiedra. Teniéndolas por fin ante los ojos,

pude apreciar lo grandes que eran esas relucientes hojas y, cuando una me rozó la cara, la sentí fría al tacto. A veces sólo es posible distinguir una planta artificial de una natural tocando sus hojas. Entonces no hay duda posible. La imitación resulta rígida y muerta al tacto, mientras que la natural parece respirar y doblegarse bajo los dedos. La hoja que me tocó la mejilla era así.

Llamé al timbre y acudió una mujer. Quizás hayáis visto su fotografía en los periódicos y en la televisión, aunque sus apariciones fueron contadas y ha pasado mucho tiempo desde entonces. Ninguna de las fotografías de los miembros de la familia les hacía justicia. El retrato que dibujé de ella se acercaba más a la realidad, aunque quizá sea una muestra de vanidad de mi parte. Al principio creí que se trataba de una empleada. Parecía tener unos cincuenta años y llevaba puesto uno de esos guardapolvos cruzados tan típicos de las asistentes de las series cómicas de televisión.

Levantó la mano y dijo:

—Soy Ida Cosway. ¿Cómo está?

La que me ofreció era una mano dura y callosa, roja y estropeada por el trabajo.

—Kerstin Kvist —respondí antes de entrar tras ella al vestíbulo cargando mis dos maletas.

En los periódicos no se facilitó nunca la menor descripción del interior de esa casa y yo no lo haré ahora. Más adelante daré algunas pinceladas de cómo era. Ahora me limitaré a decir que el vestíbulo era la parte más antigua, un vestigio de una casa que bien podía datar de antes de los Tudor y que, según me contó Ella Cosway, estaba ya allí cuando tuvo lugar la batalla de Agincourt. La exquisita estructura de madera que yo había esperado ver quedaba a la vista en las paredes enyesadas y en el techo bajo, y pude ver también algunas figuras labradas en la madera: difusas siluetas de rosas y escudos, prácticamente borradas por el paso del tiempo y el uso. Delante de la puerta principal había una magnífica chimenea rinconera de ladrillo negro y rojo.

Ida me preguntó si había comido, y cuando le respondí que sí, me ofreció una taza de té. Los suecos toman más café que té, pero acepté porque no me apetecía que me mostraran mi habitación antes de haber aclarado mi situación y las condiciones bajo las que iba a trabajar en la casa (en caso de que su madre no las hubiera compartido con ella, claro está), y además quería saber algo más sobre la familia. Ida me cogió las maletas y las dejó una al lado de la otra al pie de la escalera. Ésta, extrañamente nada opulenta para una casa de semejantes dimensiones y para un vestíbulo tan noble como ése, tenía los escalones cubiertos de linóleo y la barandilla de madera sujeta a la pared con puntales metálicos. Avanzamos por un pasillo que llevaba a la cocina, un espacio muy amplio y bien amueblado, aunque la altura del techo y las ollas y sartenes que colgaban de un enorme armatoste de hierro negro con forma de escurridera me llevaron a pensar en una película que había visto ambientada en el siglo XVIII en la que cocinaban en un lugar semejante. Había una mesa y un buen surtido de sillas, con y sin brazos, y un sofá cubierto con una manta de cuadros azules.

—Siéntese —dijo Ida con su voz anodina—. Debe de estar cansada del viaje.

—No mucho, la verdad —dije—. De hecho, más tarde me gustaría salir a dar un paseo.

—Cielos —dijo. El tono monocorde que volvió a utilizar no ayudó a clarificar si había admiración en su expresión por mi resistencia o si simplemente estaba horrorizada ante mi insensatez—. ¿Azúcar?

—No, gracias. —Y me apresuré a añadir—: Ni leche.

La detuve justo a tiempo. La costumbre de añadir leche a una infusión siempre me ha resultado sorprendente. Vi aliviada que me pasaba un gran tazón de té marrón y puro, claro como lo era en esos días el agua del Colne.

—¿Están en casa su madre y su hermano? —pregunté.

—Mamá ha salido con John. —Asentí con la cabeza, aunque

el día había amanecido gris y el viento no amainaba en ningún momento—. John insiste en salir y a ella no le gusta que salga solo. —Logró sonreírme. Fue una sonrisa que la envejeció, tapizándole de arrugas las mejillas y la piel alrededor de los ojos—. Supongo que ésa será una de sus tareas. No tardarán.

—Quizá podría decirme en qué consistirá mi trabajo con él. Las cartas de su madre no decían mucho.

—Qué inglés tan excelente tiene usted —dijo—. Jamás lo hubiera imaginado.

—Todos los suecos hablamos inglés. —Aunque fue sin duda una exageración, la verdad es que la mayoría sí lo hacemos—. De lo contrario, no llegaríamos muy lejos. Me estaba hablando de su hermano.

—Sí —dijo—. John, sí.

Entendí que no le gustaba tener que hacerlo y que intentaba evitarlo, pero carecía de la perspicacia o de la habilidad conversacional para ello. En el silencio que siguió, tomé mi té y me dediqué a observarla. Era una mujer alta, tanto como yo, y yo, según el sistema utilizado en Inglaterra, mido cinco pies con nueve pulgadas. El retrato que dibujé de ella cuatro o cinco semanas más tarde muestra un rostro de huesos delicados y tan tosco y descuidado como sus manos, y un pelo salpicado de canas tan deslucido como su chaqueta de *tweed* de color marrón oscuro. Quizá la costumbre que como caricaturista me lleva siempre a exagerar el rasgo más prominente de la fuente de mi retrato entró aquí en juego, pues dudo mucho que Ida tuviera unos hombros tan redondos como aparece en mi retrato. No sabría decir si llegué a plasmar la tensión que parecía dominarla, una tensión que, por otro lado, se intensificó cuando la apremié a que me hablara más de su hermano, aunque intenté hacerlo con suavidad.

Ida habló más apresuradamente, como ansiosa por terminar de contar lo que tenía que contar y así pasar a hablar de cosas más agradables.

—Cuando era pequeño, John era un niño de lo más normal.

Más adelante empezó a volverse... raro. Mi madre tiene sus propias teorías sobre lo que pudo provocar ese cambio en él y lo mismo podría decirse del doctor Lombard. Es él quien trata a John. Necesita cuidados constantes... Bueno, vigilancia sería un término más exacto.

—Lo siento mucho. ¿Y su madre cuida de él?

—Ella y yo —dijo Ida—. Y ahora usted. Mamá está envejeciendo... Bueno, más que estar envejeciendo debería decir que es vieja, y cuidar de él sola se ha convertido para ella en una tarea demasiado ardua. Aunque mis hermanas y yo la ayudamos, ellas tienen su trabajo. Fue el propio John quien insistió en contratarla... Es decir, en contratar a alguien, y ni que decir tiene que John siempre consigue lo que se propone. —Su risa seca me llegó como un sonido desagradable, a mitad de camino entre una tos y un jadeo. No tardaría en descubrir que tanto la señora Cosway como el resto de sus hijas se reían también de ese modo, como si la risa fuera un discreto sustituto de un comentario amargo—. Aunque no tanto como antes —añadió.

Yo no tenía la menor idea de a qué podía referirse.

—Según creo, ha dicho que piensa quedarse un año con nosotros. No tendrá mucho que hacer. Y no hace falta que ponga esa cara, el trabajo no tiene nada de desagradable. —Yo no era consciente de estar poniendo ninguna cara, salvo la de un profundo interés—. En cualquier caso, ha sido usted enfermera. John puede comer solo y también puede hacer... lo otro, ya me entiende. —Se refería a sus procesos excretorios y eso a lo que las enfermeras llaman las aguas menores. Aun así, el esfuerzo por dar con un torpe eufemismo la llevó a sonrojarse—. No le resultará en absoluto arduo, créame. A decir verdad, es más una labor de niñera, con la única diferencia de que el bebé es un hombre adulto.

Ida pareció dudar de si debía añadir algo más y de pronto dijo:

—Hay locura en esta familia. —Aunque en aquel entonces la expresión ya era a todas luces anticuada, si no políticamente inco-

rrecta, la repitió—. Sí, la locura está presente en la familia. —Cuando la gente dice eso, expresándolo de modos distintos, siempre parecen complacidos ante semejante herencia genética en particular. Cuando se habla de cáncer o de artritis «en la familia», se hace en términos muy distintos—. Mi bisabuelo era un hombre extraño —dijo—. Se volvió loco de remate, y su hijo era un excéntrico, por llamarlo de algún modo.

Pegó los labios y entendí que tenía la sensación de haber hablado demasiado.

—Quizá podría enseñarme mi habitación —dije.

—Por supuesto.

Subimos. El pasillo era amplio, más parecido a una galería, y con grabados enmarcados en las paredes. Ida me llevó a una habitación que daba a la parte delantera de la casa.

—Esta habitación —dijo, dejando la maleta encima de la cama— tendría que haber sido para mi hermano. Como ve, cuenta con su propio cuarto de baño. En esa época mi padre todavía vivía y fue él quien mandó instalarlo. A John no le gustaba. Dejó que la bañera se desbordara dos veces y el agua se filtró por el techo. Tampoco le gustan las duchas. En realidad, no le gusta mucho esta planta, así que ahora ocupa una habitación que da al vestíbulo. Ya le he dicho que siempre consigue lo que se propone. De todos modos, estar loco es horrible, ¿no le parece?

—Es muy triste, sí —dije sinceramente—. Lo siento por ustedes.

—¿Ah, sí? —preguntó en tono melancólico, como si hubieran sido pocas hasta entonces las muestras de compasión hacia la familia—. Se lo agradezco.

Dado que me gustan las cosas claras y que todo el mundo sepa lo que los demás están haciendo, pregunté si le parecía bien que diera una vuelta por la planta baja antes de salir. En un primer momento pareció sorprendida por la pregunta, pero rápidamente se repuso.

—Por supuesto. Gire a la derecha al salir de su habitación y encontrará las escaleras traseras. Están más cerca.

Durante un instante me pareció que quizás ése era su modo torpe de decirme que a partir de ese momento ocupaba el lugar de una criada y que debía utilizar las escaleras traseras así como la puerta de servicio, aunque cuando la conocí mejor entendí que era justo lo contrario. Ida era simplemente rara. Se había visto apartada de los usos sociales habituales por una vida recluida y sobreprotegida.

Deshice una de las maletas y colgué la ropa de las perchas de alambre del tinte que encontré en el armario. Si menciono este detalle es porque esas perchas ejemplificaban quizá más que cualquier otra cosa el modo de vida de los Cosway: un modo de vida que mostraba una mezquina y tacaña indiferencia ante cualquier forma de confort. El primer cajón que abrí estaba lleno de lápices. Bueno, a decir verdad, había quizás unos veinte en círculos en su interior. Me pregunté quién podría haberlos puesto allí... ¿el hermano esquizofrénico? A veces creo que fueron precisamente esos lápices —HBs, Bs y BBs, de punta dura, blanda y muy blanda— los que me llevaron a dibujar y que sin ellos quizás a estas alturas estaría jubilándome de mi puesto de profesora en Estocolmo.

Dejé la otra maleta para después. Cuando miré por la ventana entre las finas cortinas desprovistas de forro y confeccionadas con una tela que creo recordar que se llamaba cretona, vi a una anciana alta y muy delgada que caminaba despacio por el prado que estaba al otro lado del jardín en compañía de un joven. Huelga decir que John Cosway no era muy joven: tenía treinta y un años, aunque todo el mundo le trataba como a un niño, incluida yo durante un tiempo.

Encontré sin mayor problema las escaleras traseras. También tenían los escalones forrados de linóleo de un triste color marrón granate. Me condujeron a un pasillo desde el que una puerta abierta me mostró el acceso al jardín posterior, desprovisto de flores aunque bien cuidado, y otra a otro pasillo salpicado de puertas.

Todas ellas, según creo recordar, estaban cerradas. Y digo «creo» porque en ese momento sólo intenté abrir dos de ellas. El pasillo estaba a oscuras, aunque había bombillas en las lámparas de pantallas de papel que colgaban del techo. Caminé en dirección opuesta y di con un triste comedor. Los cuadros de las paredes eran en su totalidad grabados en acero de ruinas de la Italia del siglo XVIII. Desde entonces he visto en numerosas ocasiones grabados semejantes en las paredes de los hoteles y sigue aún sorprendiéndome que a la gente le guste contemplar —o que supuestamente se espere de ellos que quieran hacerlo— esa suerte de cuadros monocromos de muros derruidos, torreones rotos, escaleras fracturadas y montones de escombros cubiertos de malas hierbas. Uno de los que había en el comedor de los Cosway mostraba a un pastor de expresión desconsolada en compañía de una gorda mozuela reclinados uno al lado del otro en la grada superior de un anfiteatro en ruinas.

Se me ocurrió que la habitación de John debía de estar detrás de una de las habitaciones que daban al vestíbulo. Decidí que sería un error por mi parte intentar abrir alguna de esas puertas y me dirigí al salón. Era grande y de proporciones algo inadecuadas, como las que caracterizan las amplias estancias de los últimos años de la época victoriana, pues el vestíbulo era lo único que quedaba en pie del edificio original. Como el resto de habitaciones que había visto, adecuadas aunque espantosamente amuebladas, ésta carecía de cojines, lámparas de mesa y de libros. Y, aunque había adornos, eran de la suerte que me llevó a pensar que ninguno de los habitantes de la casa los había elegido: la clase de adornos que los amigos y parientes, desesperados por encontrar alguna cosa que regalar en Navidad o con motivo de algún cumpleaños, ofrecen porque hay que dar algo, sea lo que sea. Había un pisapapeles de cromo con forma de gato, un macetero de color verde y caquí sin su correspondiente planta, dos o tres pequeños animales de cristal, probablemente veneciano, y un portacartas de marquetería diseñado

para colgar de la pared, pero que nadie se había molestado en colocar en su sitio.

Había una excepción a todo ese derroche *kitsch*: una geoda. Era el único objeto hermoso de la habitación y más grande de lo que suelen serlo. La primera vez que la vi, me pregunté de dónde habría salido y qué estaba haciendo allí esa piedra ovalada, mate como el granito, aunque dejando a la vista, allí donde se había abierto, su reluciente filón de cuarzo amatista. Me habría gustado tocarlo, pero no me atreví a hacerlo. Me pareció un abuso de confianza en mi primer día en la casa. Pensé que ya encontraría la ocasión y regresé por el pasillo, dispuesta a dar con el camino que me llevara al jardín. A pesar de que el interior de la casa me había decepcionado, conservaba intacta mi fe en el laberinto. Estaba segura de que lo encontraría.